

La filosofía de Sören Kierkegaard como concepción del mundo

Célida Godina Herrera

Este ensayo busca llamar la atención sobre las concepciones que encontramos en el pensamiento de Kierkegaard. A mi parecer, éste se puede entender como concepción del mundo. Para mostrar lo anterior creo necesario referirme, en primer lugar, a la historia del concepto, y en segundo lugar, a mostrar que en la filosofía de este pensador se encierra una concepción de mundo.

Cuando se despierta nuestro interés por Sören Kierkegaard planteamos naturalmente preguntas. Nuestro preguntar es un buscar, y la búsqueda es para saber ¿cómo debemos acercarnos a la lectura de su obra?, ¿cómo advertimos su actualidad?, ¿podemos ver en su filosofía una concepción del mundo? Ante todo, miramos a un filósofo cuya lucidez inquieta denuncia y analiza los síntomas dispersos de la época en que vive. Alarmado por la falta de respeto que el hombre tiene sobre sí mismo, por el hombre convertido en masa y degradado en su humanidad, Kierkegaard se aparta de categorías tradicionales, buscando categorías trágicas que le ayuden a comprender cómo el hombre, en lugar de exponerse a la caída, prefiere arrastrarse por el suelo, a diferencia de aquél que asciende hasta las cimas de las montañas. Así, el filósofo danés nos ayuda a entender por qué cuando el hombre siente temor de extraviarse prefiere evitar el peligro y permanecer en casa.

El pensamiento de Kierkegaard a menudo es mal interpretado. Hay quienes ponen en tela de juicio la actualidad de su pensamiento, o bien quienes afirman que en él sólo hay desesperación y angustia y que sus categorías existenciales se pueden tratar como enfermedades físicas o psíquicas... En mi opinión estas afirmaciones son ligeras y no tienen en cuenta el pensamiento del pensador danés. No sería justo ver la reflexión de este pensador como religión, simples modelos, o palabras claves que "iluminan" sus textos; creo que la mejor forma de abordarlo es tomando una postura de apertura filosófica que nos adentre en su reflexión, que muestre la actualidad de su filosofía, la cual, si se nos permite decir, no es cuestión de fechas. Lo que verdaderamente importa es desde qué supuesto nos podemos abrir al sentido de su filosofar, y cuál es el nivel histórico que éste envuelve.

Concepción del mundo

Resulta difícil comprender el término *concepciones del mundo*, traducido del alemán *Weltanschauung*, que literalmente significa *intuición del mundo* o visión del mundo. Esto se debe a su equivocidad. Y es que la palabra *concepción*, lleva a pensar en percepción, imaginación, acto de concebir, cuando simbolizamos un objeto y lo revestimos con nuestra personal forma, por otro lado, su carácter cultural, histórico,

sugiere que no podemos hablar de concepciones del mundo al margen de la historia humana y con ella su entorno social que, al crearlas como formas concientes o inconscientes, les da pleno sentido. El término sugiere también que filosofía, ideología, e incluso la ciencia, son formas de la *Weltanschauung*.

Fue Wilhelm Dilthey (1833-1911) quien en su obra *Teoría de las concepciones del mundo* (1911) ha sostenido que todo hombre histórico tiene una *Weltanschauung*, una idea o concepción del mundo, la cual no es una construcción mental. La filosofía, la religión, el arte, la ciencia, las convicciones políticas, jurídicas o sociales, son “elementos, ingredientes o manifestaciones de la idea del mundo; pero ésta, como tal, es algo previo y anterior, que tiene como supuesto general la realidad de la vida misma: la última raíz de la concepción del mundo es la vida misma”.¹ Así pues, el mundo de mis experiencias y no las cosas externas, son para Dilthey lo que forja nuestro temple frente a las cosas .y donde se gesta nuestra visión del mundo. La tipología de Dilthey destaca tres formas básicas: el naturalismo (Demócrito, Epicuro, Hobbes, Feuerbach, etc.), el idealismo objetivo (Heráclito, Spinoza, Hegel, etc.), el idealismo de la libertad (Platón, Kant, Kierkegaard -afirmo yo-, Maine de Biran, Bergson, etc.).²

Otras perspectivas son las de Max Scheler (1874-1928) en su obra *El puesto del hombre en el cosmos* (1929), Eduard Spranger (1882-1963) en sus obras *Filosofía y concepción del mundo* (1910) y *Formas de vida* (1935), Karl Jung (1875-1961) en su obra *Lo Inconsciente* (1936), Karl Jaspers (1883-1969) en su obra *Psicología de las concepciones del mundo* (1919) y Lucien Goldmann (1913-1970) en su obra *Le dieu caché* (1955), que han aportado otros puntos de vista. Sobre estos dos últimos, expondré algunas cuestiones.

Al estudiar el texto de Jaspers, percibimos que para él las concepciones del mundo son algo total y universal, es decir, como saber no particular, sino como totalidad, o mejor dicho, como cosmos. Aclara que ésta no es únicamente un saber, pues también “se manifiesta en valoraciones, conformación de la vida, destino, en la jerarquía vivida de los valores”.³ Para este autor, cuando hablamos de concepciones del mundo queremos decir las ideas que tiene un ser humano “tanto subjetivamente, como vivencia y fuerza y reflexión, como objetivamente, en cuanto mundo conformado externamente”.⁴ La experiencia nos lleva a preguntar; el contacto con la realidad, el acontecer cotidiano nos muestran habitualmente que lo pensado no es lo mismo que lo vivido. Si son distintas las contradicciones que observamos en nosotros mismos y en nuestra relación con los otros y con el mundo, es porque lo deseado, o bien, hacia donde tendemos, pasa inadvertido a lo que queríamos conscientemente. Por esta razón, nuestra experiencia de concepción del mundo es un permanente proceso de movimiento en tanto que continuamos haciendo experiencias.

¹ Dilthey, Wilhelm, *Teoría de las concepciones del mundo*, España, Alianza Editorial, 1988, p. 28.

² Vargas Machuca, R. “Concepción del mundo”, en *Diccionario de Filosofía Contemporánea*, España, Sígueme, 1976, p. 93.

³ Jaspers, Karl, *Psicología de las concepciones del mundo*, Madrid, Gredos, 1967, p. 19.

⁴ *Ibidem*.

Para Jaspers el ser humano enfrenta el mundo con diferentes actitudes; éstas pueden ser de tres tipos: *objetivas*, que son las que lo llevan a lo asequible, al movimiento, a la comprensión de su situación y a la elección de sus posibilidades; *autorreflejadas*, que se refieren a cuando nos vemos a nosotros mismos, con nuestras particularidades, nuestro mundo vivido; y *entusiásticas*, que tratan de cuando la mirada y la reflexión apuntan a lo ilimitado: "La vida se estremece ante la muerte. Así se estremece un corazón ante el amor, como si estuviese amenazado por la muerte. Pues donde el amor despierta, muere el yo, el oscuro déspota".⁵

En Jaspers, las *imágenes del mundo* nos conducen a la comprensión del mundo y a percibir la fuerza que encierran para el alma humana. Las hay *sensitivo-espaciales*, como la de Giordano Bruno; *anímico-culturales*, como las descritas por la historia de las culturas y por último, la imagen *metafísica del mundo*. Con la imagen del mundo percibimos que el mundo no se agota en la existencia sensible en el espacio y en el tiempo, esta imagen del mundo busca la totalidad y lo último.⁶ De esta manera, Jaspers arriba a *la vida del espíritu*, y afirma que mientras las actitudes e imágenes del mundo son "abstracciones que aíslan lo que de hecho existe junto, que tratan como elementos autónomos lo que tiene existencia solamente en servicio o como fenómenos de fuerza",⁷ la posición que él adopta es más profunda que la de la imagen del mundo, pues concibe que la esfera del espíritu es más abarcadora, dado que comprende la totalidad de la vida humana. Jaspers se referirá a Sören Kierkegaard en el apartado *El Manifestarse*, para precisar cómo la vida del espíritu lleva al hombre a llegar a ser sí mismo y cómo la *auto-conciencia* y la experiencia de la *voluntad* acontecen en la *reflexión*, de ahí que: "cuanta más conciencia, tanto más *sí mismo*".

De esta manera, podemos ver que en su libro *Psicología de las concepciones del mundo*, Jaspers analizó las diversas visiones del mundo en figuras representativas. Su interés era mostrar cómo distintos caminos del pensar se reflejan en la práctica de la vida, porque según él, la visión del mundo sobrepasa el carácter de generalidad vigente de la concepción científica del mundo. Las visiones del mundo son posiciones de voluntad que se basan en decisiones existenciales. Es esto último, lo que me hace pensar que en la filosofía de Kierkegaard podemos ver una concepción del mundo.

Por otro lado, el estudio de Goldmann sobre las concepciones del mundo toma como base la idea de que los hechos humanos tienen siempre el carácter de ser estructuras significativas, pero cuya comprensión y explicación solamente pueden ser proporcionadas por estudios positivos de los hechos. Esto supone que Goldmann apuesta por el carácter significativo de la historia: "Está claro que si para conocer la estructura de la vida humana e histórica hay que recortarla en estructuras significativas... el corte de la realidad humana que es preciso estudiar en totalidades cada vez más amplias debe entrañar un progreso continuo en la comprensión y en la explicación".⁸

⁵ *Idem*, p. 166.

⁶ *Idem*, p. 246.

⁷ *Idem*, p. 289.

⁸ Goldmann, Lucien, *El hombre y lo absoluto (Le dieu caché)*, Barcelona, Península, 1968, p. 121.

Sacando a luz totalidades cada vez más amplias, Goldmann llega por último a las concepciones del mundo que sostienen la obra que sirvió de punto de partida para su análisis. Esta concepción del mundo para él es conciencia colectiva de los intereses, aspiraciones y sentimientos de un grupo, pero no de cualquier grupo sino solamente de las clases sociales. Sólo estas dan sustento a la concepción del mundo y de estos sujetos son ellas su reflejo. Las concepciones del mundo son estructuras que determinan de manera significativa y coherente a la vida humana.

Las concepciones de Kierkegaard

Tomemos como ejemplo la obra de Kierkegaard *Estética y Ética en la formación de la personalidad*, obra que forma parte de *La Alternativa*, aparecida en 1843, para mostrar cómo su filosofía puede ser considerada como una concepción del mundo.

Nuestro autor preocupado por el drama de su época, la va describir a partir de lo que llama *concepciones de la vida estética y ética*. Señala que se necesita coraje ético para no “vivir la vida en las diferencias sino en lo general”. Los estetas son quienes viven en las diferencias y se sentirían horrorizados cuando llegan a desesperar, pues la desesperación es el camino a lo general.

El vivir mal orientado, digámoslo así, hace que el hombre se esconda, huya de sí mismo y no se elija. La elección es de gran importancia; en ella el individuo no se crea a sí mismo, se descubre. Sin embargo, para elegirse hace falta coraje, penetrar en la raíz del ser. No dejarse llevar por fantasmas, o por una vida de fantasía como la que se ofrece en escaparates del mundo del consumo, que seducen, que fincan el sentido de su vida en los objetos, así también, que hacen olvidar las dificultades por las que atraviesa la creación de los útiles y las vidas humanas que están en cada uno de estos.

El hombre despierta de la existencia inauténtica, o como el pensador danés le llama, “el sótano de su existencia”, cuando nace en él la pasión por la libertad. Y es que el hombre se ha atrevido a elegirse absolutamente, su espíritu ha madurado y como forma de vida elige arrepentirse de las frivolidades de la vida mundana para ser libre. La desesperación no lo llevará a vagar “como un fantasma entre las ruinas de un mundo perdido”, sino por el contrario, lo conduce a un mundo nuevo de posibilidades donde la toma de conciencia lo aleja de las apariencias, de su alma disoluta, y le permitirá ganar el universo sin perder el alma.

La elección es un *momento ético*, no es hacer esto o aquello, lo uno o lo otro (*aut-aut*), alternativa, encrucijada, posibilidad. El ser humano está en la alternativa, abierto a la posibilidad y viviendo angustiosamente el momento de la elección. La vida con su “desfile de máscaras” esconde el sí mismo del hombre y éste únicamente da vueltas alrededor de su existencia sin atreverse a mirar en su interior; de esta manera, sólo aquél que arroja la máscara potencia su personalidad. La maduración de la personalidad trae consigo la formación del espíritu que por incapacidad de la naturaleza no se manifiesta de forma armónica.

La elección es lo que decide el “contenido de la personalidad”, es instante de deliberación, en sentido platónico, porque no es un pasar de una cosa a otra, pues entre una cosa y otra se encuentra el instante. La energía de una elección radica en la seriedad y en la pasión con que se elige; su gravedad aparece cuando no hay elección y

entonces ya no puede haber repetición posible. La elección bien puede ser *estética* o *ética*, la primera vive de la inmediatez, se pierde en la diversidad, “no conoce transfiguraciones que la lleven a lo profundo de la existencia”, es indiferente; la segunda, se elige de modo absoluto, no se trata de elegir algo ni de “la realidad de lo que ha sido elegido”, sino “de la realidad de la elección”, que hace que la “elección sea elección” y que la personalidad sea ella misma. Vivir estéticamente reflejará lo que un hombre es, mientras que vivir éticamente mostrará lo que un hombre *llega a ser*.

El esteta se caracteriza porque tiene experiencia en los goces, carece de transparencia, vive en el instante y porque su espíritu no está determinado como espíritu. Gozar la vida es la concepción más amplia del hombre estético, y lo que varía es la forma de gozarla. El deseo se constituye como una de las formas más amplias por las que el hombre se deja arrastrar. El ejemplo de Nerón ilustra el caso y nos enseña que el poder no hace feliz al hombre; trae consigo melancolía y desesperación.

El hombre estético duda, y la duda se diferencia de la desesperación porque la duda es la “desesperación del espíritu” y la desesperación es la “duda de la personalidad”. Kierkegaard introduce la categoría de la elección porque ella es quien ayuda a entender la toma de decisiones que llevan a la radicalización absoluta. Se necesita de la voluntad, pues “nadie puede desesperar si no quiere”. Esta es la causa por la cual la desesperación “elige el yo mismo y su eterna validez”.⁹ El yo surge de la elección.

La desesperación de la personalidad vence a la duda al ser más profunda que ella, al ser su movimiento más amplio; la desesperación representa a toda la personalidad, y ésta no duda de la legitimidad del deber ni de lo que debe regular cada uno de sus actos; asimismo, tampoco duda de sus sentimientos. La elección, entonces, debe ser absoluta, puesto que no elige entre esto y aquello, sino que la elección se fundamenta en elegir no otra cosa sino a ese yo mismo que soy, y al elegirme, me elijo como algo finito.

En el marco de la descripción de la desesperación observamos que ésta no se da como ruptura, más bien es una transfiguración y un camino que conduce a la posesión de sí mismo. La vida estética, caracterizada por su excentricidad, por no poseerse a sí misma, por tener su centro en la periferia y no en sí misma, se contrasta con la concepción de vida ética. Esta se presenta como el estado de ánimo centralizado, aunque no *es*, ni *está* en un estado de ánimo, sino que *posee* al estado de ánimo (el cual ha sido adquirido), es decir, lo tiene en sí, es total; su trabajo es para la continuidad, su temperamento es uniforme y su espíritu es sereno. El que vive éticamente examina continuamente “la memoria de su vida”, sabe el arte de dominar el deseo, y éste no consiste en abstenerse o renunciar a él, consiste en determinar el momento de su realización. El que se ha elegido a sí mismo en sentido infinito se ha elegido por libertad y no por necesidad.

Finalmente, la concepción estética encierra dolor y pesar; por esta razón, para nuestro autor, “las tendencias modernas” se relacionan con la “voluntad de afligirse” o con “la vanidad de la vida, que no cree en la alegría y, para poder creer en algo, cree

⁹ Kierkegaard, Sören, *Estética y ética en la formación de la personalidad*, Argentina, Nova, p. 79.

en el pesar". No creen en la lucha para ser felices, de ahí que su concepción de la vida, que encuentra su condición fuera de ella, es desesperación.

A diferencia de la vida estética, la concepción ética de la vida, habla de cuando un hombre se elige a sí mismo concretamente. Elección que se debe a la precisión, se relaciona con sus capacidades, aspiraciones, pasiones y disposiciones, pero, sobre todo, que al elegirse afirma su libertad y de esta manera se crea a sí mismo.

El ético posee soberanía sobre sí mismo, se siente seguro y es responsable. Es un hombre que, al verse frente a las posibilidades de la vida, las mira como tarea, es decir, como finalidad; no espera nada del exterior, se basta a sí mismo pues se ha elegido. Este hombre no se descorazona ante las circunstancias externas, ya que no abandona la soberanía de sí mismo; los actos de su vida son consecuentes en su pensar y en su hacer; su felicidad no radica en hechos exteriores, en el deseo, más bien en la elección, en el querer ser feliz.

Para el que vive éticamente tiene valor lo que se vive en cualquier circunstancia y la energía con la cual se la vive, no le son necesarios únicamente grandes acontecimientos para formarse. La descripción de esta concepción de vida nos permite comprender que la ética permite que el hombre "devenga en lo que deviene" y, por esta causa, no hace del hombre algo diferente de sí mismo. Por estas razones lo ético no destruye lo estético, más bien lo transfigura; esto significa que no existe una superación definitiva de lo estético por lo ético ya que se encuentra latente en la vida de los hombres.

La personalidad ética es entonces la que toma conciencia de sí misma; su tarea es lo concreto, no lo abstracto; ve como finalidad de su vida el cumplimiento de deberes, los cuales no son como los ve el vulgo: relación con algo externo, consignas a seguir o proposiciones particulares impuestas por la sociedad. Al contrario, los deberes apelan a la naturaleza interna, a lo más íntimo del hombre ético, y se viven con gran intensidad.

La ética es lo general y quedará expresada en la vida del hombre ético. Impotente para producir desesperación, o bien otra cosa, la ética en su abstracción ordena, busca la continuidad, no la diversidad, y lo contingente e indiferente no le importan. El hombre ético toma como tarea el no desesperar, el resistir. Mantiene lo infinito que hay en él, además de no permitir el engaño: "El que se elige a sí mismo éticamente se posee a sí mismo como tarea, no como posibilidad, no como juguete para su capricho".¹⁰

Otras características del hombre ético, son las que se refieren a que es transparente a sí mismo, tiene ideas precisas, no hace caso a posibilidades seductoras porque en él no cabe la necesidad. De esta manera, reflexiona sobre sí mismo, es acción, posee el paradigma de la dignidad y del orden; sin embargo, cualquier hombre, si lo desea, puede llegar a ser paradigma del hombre, para ello no es necesario deshacerse de su contingencia, sino debe permanecer en ella y perfeccionarla.

El hombre ético vive con pasión y energía, con ellas lo puede todo. Este hombre trabaja para vivir, se da cuenta que a través del trabajo obtiene lo necesario, su

¹⁰ *Idem*, p. 139.

trabajo se relaciona con él mismo pues es su vocación, que ha sido elegida éticamente, por esta razón, es su forma de vida. La concepción ética de la vida sostiene que todo hombre al poseer una vocación tiene las ventajas de “no mostrar lo fortuito de la existencia sino lo general” y, por otro lado, de mostrar “lo general en toda su belleza”.¹¹ El talento es considerado bello siempre y cuando se acompañe de una vocación, ella le indicará lo que debe hacer, le dará normas, le regulará el tiempo, así como le indicará el tiempo de comenzar.

El personaje del consejero en la obra de *Estética y ética en la formación de la personalidad* recuerda que todo hombre tiene una tarea, la cual puede ser de índole diversa. Puede realizar una obra útil, por ejemplo, “aquel cuya tarea en la vida es desarrollarse a sí mismo, incluso ése, hace obra útil”.¹² Así, el hombre trabaja para vivir, el trabajo es su vocación y al mismo tiempo cumple su tarea.

El matrimonio, es lo ético y la expresión del amor lo estético; pero como el deber de todo hombre para el consejero es casarse, el hombre debe elegir bien a quien será su compañera el resto de su vida. Por eso es aconsejable la prudencia en la elección, ya que al casarse el hombre realiza lo general, es decir, lo ético.

Por último, la amistad es un tema de gran importancia en el contexto del libro en cuestión, pues ella pierde interés si no se considera éticamente. La amistad exige compromiso, tiene como condición absoluta la unidad de la concepción de la vida. Cuando ésta existe “no se intenta buscar los motivos de la amistad en razones de sentimientos oscuros o de simpatías indecisas”.¹³

La unión de dos hombres que tienen como concepción de la vida un principio positivo y la pasión común por las ideas, trae consigo que sean amigos. Para nuestro autor un amigo es como “una cosa enigmática, como la niebla que no se ve sino a la distancia, pues sólo cuando llega la desgracia se sabe si *se ha tenido* un amigo”.¹⁴ En la amistad debe existir un elemento ético, este es “el verdadero punto de partida de la amistad”. Únicamente de esta forma la amistad tiene importancia y belleza.

La unidad es un elemento constitutivo de la amistad, no precisa de la presencia del amigo, quien puede haber muerto y la amistad subsiste. Al recurrir a la autoridad de Aristóteles, el consejero muestra hasta qué punto aquél comprendió que la amistad ayuda a hacernos alcanzar éticamente la realidad. Asimismo, el filósofo griego hizo de la amistad el punto de partida de toda concepción ética de la vida. Por la amistad las ideas de justicia se amplían de modo que tienden a una sola cosa y, de esta manera, se funda la noción de derecho sobre la idea de amistad.¹⁵

En síntesis, para la ética el valor de la vida y de la realidad radican en que el hombre se ponga de manifiesto, es decir, el que no se oculte del mundo, sino que viva inmerso en la realidad, que luche en y contra ella. El esteta, al no atribuir importancia a la realidad, siempre permanece oculto, es más, nunca se abandona al mundo, se

¹¹ *Idem*, p. 185.

¹² *Idem*, p. 188.

¹³ *Idem*, p. 218.

¹⁴ *Idem*, p. 217.

¹⁵ *Idem*, p. 222.

resiste, terminando por ser “enigmático para sí mismo” y combatiendo constantemente con sus propios fantasmas. Por eso, mirar a la amistad como un deber trae consigo que el deber del hombre sea tener un amigo; asimismo, mirar a la vida desde una concepción ética trae paz, amparo, seguridad y belleza, pues como dice nuestro autor citando a Horacio: *quod petis, hic est* (lo que buscas se encuentra aquí), lo que quiere decir que la búsqueda no se da en el exterior sino en uno mismo; uno debe tomar conciencia de sí mismo con mayor energía.

La ética nos enseña también a no sobrevalorar lo casual y a no poner en lo más alto la felicidad, ya que “la felicidad como tal es una relatividad infinita”.¹⁶ La felicidad debe apreciarse pero no pensar que sin ella nada somos; la ética, al enseñarnos a ser felices aún en la desgracia, nos permite vislumbrar un camino más abierto, una vida superior. El hombre que concibe a la vida éticamente piensa en el fin, que ciertamente no es la muerte, puesto que la muerte no es lo que encierra más dificultades. Lo más problemático para el hombre es la vida.

A modo de resumen, podemos decir que lo examinado del pensamiento de Sören Kierkegaard muestra que es posible considerar a su filosofía concepción del mundo, porque quien la estudia con atención encuentra en ella una verdad que hace suya al hallarse dentro de alguna de las categorías existenciales descritas por este pensador. Permite además, interpretar las explicaciones dialéctico-fenomenológicas de este filósofo, que en diálogo con la filosofía y la teología de su época, desarrolla una reflexión que examina la existencia humana y manifiesta los límites de la razón.¹⁷

¹⁶ *Idem*, p. 223.

¹⁷ Guerrero, Luis, *Kierkegaard: Los límites de la razón en la existencia humana*, México, Curz, 1993, p. 13.